

# Amor de madre

Josefa Pujol de Collado



FUNDACIÓN  
*Carlos Slim*

## Amor de madre

Pujol de Collado, Josefa

Ensayo

Se reconocen los derechos morales de Pujol de Collado, Josefa.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

[contacto@pruebat.org](mailto:contacto@pruebat.org)

## Amor de madre

Los dramas íntimos, aquellos que en diferentes edades de la vida llenan de amargura el corazón y el porvenir de sombras, lo mismo se desarrollan en las soberbias ciudades que en las humildes aldeas; allí donde existe una agrupación más o menos numerosa de individuos, allí palpitan con extraordinaria fuerza y valentía. La sencilla historia que vamos a relatar a nuestros amables lectores, parecida a otras muchas, reflejo exacto de la vida real, tuvo su desarrollo en el pueblo de B., habitado casi en su totalidad por familias de sencillos pescadores y situado en las pintorescas orillas de nuestro hermoso Mediterráneo, teniendo por horizonte la inmensidad del mar, por techumbre la azul bóveda de los cielos y, por majestuosa armonía, el cadencioso murmurio de las olas del mar.

Anocheía. Las vagas tintas del crepúsculo cedían su imperio a las sombras de la noche; el aire, saturado por los efluvios de la gentil primavera, puebla la mente de ilusiones al influjo de sus penetrantes perfumes. Todo respira felicidad y calma en la madre naturaleza en tanto que un grupo compuesto por cuatro personas sostienen breve diálogo en la solitaria playa. Son Rafael, joven capitán de la *Concordia*, que se balancea gallardamente a lo lejos; su madre, Marta; Esperanza, su prometida; y el contraamaestre del buque, tío de la joven, que quiere a Rafael con cariño verdaderamente paternal. La campana de la aldea lanza pausadamente al viento ocho campanadas.

—Esperanza mía —dice el marino despidiéndose de su amada—, tu recuerdo me acompaña siempre, y durante la dolorosa ausencia, mi corazón solo gozará con la idea del regreso. No me olvides.

—¡Nunca, Rafael, has sido mi primer amor y serás el último!

—Adiós, madre —añade el feliz amante abrazando a Marta.

—Vuelve pronto, hijo mío... —dice esta con alterada voz; y añade dirigiéndose al viejo contraamaestre—: A ti te lo recomiendo después de la Virgen.

Los marinos saltaron al bote, empuñaron los remos y se alejaron de la playa. Al cabo de algunos minutos y merced a los rayos de la luna, las dos mujeres los vieron abordar la goleta, desplegar esta sus velas y emprender rápida marcha.

Esperanza, con el alma llena de ilusiones, acariciando la idea del regreso de su amante, se durmió con la sonrisa en los labios; la pobre madre pasó la noche rezando, pidiendo a la Virgen velara por aquel trozo de sus entrañas, su único consuelo en la tierra desde que perdiera al esposo adorado.

Los meses, como eslabones de la inmensa cadena del tiempo, se sucedieron unos a otros con su acostumbrada regularidad, y la imaginación inquieta de las dos mujeres revoloteaba siempre en torno de la goleta *Concordia*, que desde lejanas tierras se aprestaba con febril actividad a regresar a España, cargada de ricos presentes para la madre y para la amada del venturoso capitán. La suerte se había mostrado propicia a Rafael hasta entonces, pero desde el momento en que el joven marino se dispusiera a realizar su hermoso sueño de regreso, aquel mar siempre benigno a sus antojos, por inexplicable fatalidad, mostrose de repente dispuesto a demostrar al osado amante que no sin grandes esfuerzos se consigue la dicha humana.

Durante una noche de funesto recuerdo en que miedosa y débil la casta Diana no prestara sus tenues resplandores a las susurrantes ondas, siniestras nubes se amontonaron en el firmamento; gruesas gotas, desprendidas de arriba, trataron de aumentar el caudal de aguas de abajo; el rayo centelleó en los espacios como enroscada serpiente; las olas, como nunca, se irguieron altivas, amenazadoras, y la frágil embarcación, juguete de los embravecidos elementos, luchaba penosamente para abrirse paso entre el aturdidor torbellino de la furiosa tempestad.

Presidiendo tan hermoso y soberbio espectáculo, a la incierta luz de los relámpagos podía verse de pie, sobre la cubierta de la *Concordia*, al amante de Esperanza, dando órdenes a los fatigados marineros. La idea del peligro no asustaba a Rafael y mientras la pobre nave, desarbolada y maltrecha, recorría zozobrosa el piélago iracundo como herido corcel, su joven capitán, embebido en la idea de próxima dicha, contemplaba con los ojos del alma el abrigado puerto y el dulce refugio que le ofrecían, en lontananza, los cariñosos brazos de su madre y amada.

Transcurrieron las primeras horas de la noche en medio de penosos afanes. La tempestad, lejos de cesar, parecía ir en aumento; mil veces el buque se viera cubierto por montañas de espuma, otras tantas amenazó bajar a los abismos en su constante lucha con los elementos, y en un momento dado, crujía el maderamen de la embarcación de un modo siniestro.

—¡La goleta hace agua, capitán! —gritó una voz angustiada.

El joven abandonó su punto de observación y se dirigió al sitio donde era más inminente el peligro. Los marineros trabajaban con ardor, la desesperación les prestaba fuerzas, y mientras la tempestad despliega toda su aterradora grandeza, solos, en medio de la inmensidad del indomable océano, aquel puñado de hombres practica increíbles esfuerzos para mantener a flote la zozobranante embarcación. Pero las fuerzas se agotan, la tempestad no cesa y de repente un ¡sálvese quien pueda! seguido de gritos de angustia se sobrepone al fragor, al estruendo mismo de la borrasca.

La tripulación se echa al agua, el capitán baja rápidamente a su camarote, desprende de la cabecera de la cama un medallón, con el retrato de su amada, cuelga a su cuello el precioso tesoro que quiere disputar a los elementos y al intentar subir otra vez sobre cubierta, una inmensa ola penetra por la escotilla privándole de toda salida.

—¡Esperanza, adiós!... —murmura el marino aturdido por aquel torbellino de agua. Un momento después, la *Concordia* se hundía para siempre en el mar y las irritadas olas borraron hasta el menor vestigio de su paso sobre el líquido elemento.

Casi toda la tripulación de la goleta, incluso el contramaestre, fue recogida al día siguiente por un buque mercante inglés que pasara por aquellos sitios, y los pobres náufragos se dirigieron al pueblo de B. para esparcir la nueva de la catástrofe. Al oírlo, Esperanza cayó al suelo como herida por el rayo, y la pobre madre sintió el frío de la hoja de un puñal penetrar en su alma, faltaron las lágrimas a sus ojos y por un momento su vaga mirada se perdió en los cielos, en busca de un consuelo que no podía hallar en la tierra.

Negras tocas de anticipada viudez cubrieron el escultural cuerpo de Esperanza; nunca más se le vio trepar a la altiva roca desde la cual, como otra Safo, acechara la llegada de su adorado Faón; alguien en el pueblo, al presenciar su desventura, la designó con el nombre de *la prometida del muerto* y durante algún tiempo su dolor pareció destinado a no tener fin.

Y en tanto, ¿qué es de la madre del infortunado marino? ¡Pobre mujer! Sola en el mundo, agobiada por la edad y el infortunio, no con estériles lamentos manifiesta su dolor, que los grandes dolores, cuanto más silenciosos, más intensos; cuanto más imborrables, menos aparatosos. La triste anciana vuelve sus llorosos ojos a la Virgen de risueño semblante que se alza bondadosa en el altar de la pobre iglesia del pueblo, acata sin murmurar los decretos de la Providencia, pero pide con toda su alma a la Virgen Madre acorte sus días y la reúna al hijo adorado. Pasó el triste invierno con sus nieves, sus lluvias, sus tormentas y sus días sin sol; otra vez la primavera dio flores a los campos y perfumes al espacio, y con aquel soplo poderoso de vida, que conmueve íntimamente lo mismo a la naturaleza que la humanidad, llegó a su ocaso la trabajada existencia de la pobre madre. Al despuntar una hermosa mañana de mayo, rica en colores y armonías, la anciana se durmió para siempre, buscando su postrer mirada, en el cielo azul, un reflejo de la mirada de su hijo. Marta murió como una santa, sin lágrimas, sin sollozos, sin dolor, murmurando como suprema plegaria:

—¡Hijo mío!

Y esta sola frase, mágica como ninguna, dejó estampada en los labios de la muerta una sonrisa de inefable ventura.

Al día siguiente condujeron el cadáver a su última morada, y al pasar el fúnebre cortejo frente a la iglesia, una boda salía de la casa de Dios.

—¿Quién ha muerto? —preguntó un curioso.

—La madre de Rafael —contestaron.

En aquel momento la novia salía del templo, oyó las últimas palabras, volvió el alegre rostro hacia el ataúd, palidieron las rosas de sus mejillas y por un instante retrataron sus facciones vivo dolor y confusión.

—¡Esposa mía! —murmuró a su oído el feliz esposo. Ella, Esperanza, sensible como toda mujer a la voz de la ternura, sonrió dulcemente, y poco a poco la imagen angustiosa del pasado se borró de su pensamiento. La ola del olvido, poderosa como ninguna, había hecho palidecer en su corazón, bajo la acción del tiempo, el recuerdo de Rafael, y la necesidad de amar le indujo a contraer nuevos lazos, demostrando así una vez más que en la variada escala de los afectos humanos, solo el amor maternal resiste la prueba del tiempo y de las vicisitudes; los demás amores, mueren o se olvidan.

El viejo contraamaestre de la goleta *Concordia*, que asistía a la fiesta en su calidad de tío de la novia, sintió correr una lágrima por sus bronceadas mejillas durante la rápida escena que acababa de tener lugar, y secándola con el dorso de su callosa mano, murmuró por lo bajo:

—*La prometida del muerto* se ha convertido en esposa de un vivo. ¡Pobre Rafael!

Y la mirada llena de melancolía del viejo marino, después de fijarse un momento en la feliz pareja que acababa de unir sus destinos al pie del altar, se perdió soñadora en el lejano horizonte, donde el mar y el cielo se confundían en línea misteriosa, en tanto hacía coro con las alegres castañuelas, tocadas por los amigos de los novios, la lúgubre salmodia de los que acompañaban a la muerta.